



ROMANCE NUEVO.

## EL HALLAZGO DEL CADAVER.

No muy léjos de Vitoria,  
en la gran Peña Cerrada.  
se halla una cueva, que un tiempo  
fué asilo de gentes malas.

Unos hombres cierto dia  
por aquel sitio pasaban,  
y por huir de la lluvia  
en aquella cueva entraban.

Y allí hallaron con asombro  
una calavera humana,  
y un papel que esto decia  
sin faltar una palabra.

Yo soy Serafina Alcázar,  
que he sido de estas montañas  
el asombro y el terror,

y la que hice muertes tantas.

Cuando mi cuerpo se encuentre,  
mi conciencia aquí me manda  
que se halla escrita mi vida,  
porque no se ignore nada.

Hija fuí de padres ricos,  
entre regalos criada,  
y hasta que veinte años tuve  
viví como Dios nos manda.

Puse amor constante y fino  
á don Pedro de la Sauca,  
jóven de prendas muy nobles  
si bien de fortuna escasa.

Pero mi padre y mis tios  
me tenían empeñada



con don Luis de Vendaval,  
rico y de noble prosapia.

A mis llantos y gemidos  
sordos mis padres estaban,  
y mi boda á toda prisa  
con don Luis la preparaban.

Yo que con ódio mayor  
cada dia le miraba.  
viendo ya que sin remedio  
se queria mi desgracia.

Con don Pedro huí una noche,  
noche cruel! noche infausta!  
pues fué mi amante en ella  
muerto á doce puñaladas.

Una banda de asesinos  
que aquel pais infestaba  
al encuentro nos salió,  
al robo determinada.

Viéndome jóven y hermosa,  
horror el decirlo causa:  
diez eran los foragidos,  
yo sola y desalentada.

Ponga un velo á la vergüenza,  
y sabed que la mañana  
en una cama me hallé,  
de esos mónstruos rodeada.

Entre llantos y gemidos  
les pregunté dónde estaba;  
dijeron que en una cueva,  
que seria mi morada.

Pero que no me afligiera,  
que aunque viviera encerrada,  
si á su gusto les servia  
no me faltaria nada.

Hiciéronme entrar entonces  
á unas grandiosas estancias  
que la gran cueva tenia  
guarnecidas y alhajadas.

De los robos que hecho habian  
allí el depósito estaba,  
con provisiones de boca,  
y vinos de especies varias.

Despues que todo esto ví,  
á otro cuartel me llevaban,  
que era el último de todos

los que en la cueva se hallaban.

Allí habia... Virgen pura...  
se me anuda la garganta  
al recordar el horror  
de que se cubrió mi alma.

Allí habia calaveras,  
huesos de persona humana,  
cadáveres sin cabeza,  
y mujeres degolladas.

Niños sin brazos ni piernas,  
y entre aquel horror estaba  
una mujer que tenian  
con fuerte argolla amarrada.

A poca distancia de ella  
un hombre robusto estaba,  
tambien atado á una argolla  
y á una cadena pesada.

Dijo un ladron, aquí están  
porque la intencion malvada  
tuvieron de huir un dia,  
pero bien caro lo pagan.

Mientras esto me decian,  
otro ladron se llegaba,  
y les dijo, ánimo, amigos,  
que un gran botin nos aguarda.

A dos leguas de este bosque  
pasarán esta mañana  
unos arrieros muy ricos  
que vienen desde Vizcaya.

Salgamos al punto todos,  
quede de guardia Simancas,  
y volveremos sin duda  
con lo mejor de sus cargas.

No bien acabó de hablar,  
cuando toda la canalla  
se fué con él presurosa,  
dejándome á mi encerrada.

Era mi tristeza mucha,  
y viéndome tan postrada,  
dijo Simancas: mujer,  
si quieres, pronto estás salva.

Los dos que presos están  
conmigo de acuerdo andan  
para huir de aquesta cueva  
robando á la otra canalla.



Tres hay tambien de los otros  
que hacen parte en la maraña,  
y tan solo una ocasion  
para hacerlo se esperaba.

Si consientes en ser mia  
y seguirme donde vaya,  
saldremos con los tesoros  
que en esta cueva se hallan.

En esto corrió á soltar  
la mujer y al camarada,  
quienes viéndose ya libres  
de contento se abrazaban.

Por salir de aquel lugar  
donde me hallaba encerrada,  
de Simancas juré ser  
y seguirle donde vaya.

En esto con unos hierros  
que por allí se encontraban,  
aunque era fuerte la puerta,  
conseguimos arrancarla.

Al instante de la cueva  
sacamos muchas alhajas,  
y cargamos cuatro machos  
que aun en la cuadra quedaban.

Bien provistos y animosos  
salimos á la campaña;  
cuando otros tres compañeros  
á la cueva regresaban.

Eran de Simanca amigos,  
y como de acuerdo andaban,  
se escaparon de los otros  
y á los nuestros se juntaban.

Siete eran nuestra cuadrilla,  
provistos de todas armas,  
cinco hombres y dos mujeres,  
y yo ya desesperada.

Dejamos la cueva abierta  
y marchábamos con pausa;  
pero dimos con los otros  
á una media legua escasa.

Acometiéronnos ellos  
llenos de furiosa rabia;  
mas no acertaron un tiro,  
y los nuestros no se erraban.

De cinco que allí venian,

á la primera descarga  
cuatro cayeron heridos;  
el quinto se nos juntaba.

Mas viendo que era el que hizo  
en mí la primera infamia,  
apenas le tuve cerca,  
el pecho le abrí á estocadas.

«Paga! le dije, traidor,  
paga tu accion temeraria,  
pues estoy por tí sin honra,  
la vida á mi furia acaba.»

Corrimos á los heridos,  
y con mano sanguinaria  
les cortamos las cabezas  
y les tomamos las cargas.

Huímos á toda prisa,  
que iba entrando la mañana,  
y á pocos dias de andar  
nos hallamos en Vizcaya.

Dos años viví con ellos  
feroz y desenfrenada,  
y me cubrí de delitos,  
que horror el contarlos causa.

Qué infamias no cometimos!  
qué maldades, qué desgracias!  
mas vidas quité yo sola  
que todos los de mi banda.

Y como ya con nosotros  
otros y otros se juntaban,  
al que no me obedecia  
le daba muerte inhumana.

Aunque siempre la conciencia  
me roía las entrañas,  
por la muerte de don Pedro  
estaba desesperada.

Y la infame compañía  
de aquellos con quien andaba  
de un delito á otro delito  
con su ejemplo me incitaba.

A mi padre aborrecia,  
á mi madre detestaba,  
y beber su sangre odiosa  
pretendia con gran ánsia.

Tan horrenda fué mi suerte,  
que estando en una montaña



96  
estuvimos unos coches  
que á Madrid se encaminaban.

Iban mis padres en ellos,  
y al verles, desatinada,  
al padre maté de un tiro,  
y á mi madre á puñaladas.

De la sangre que vertia  
iba yo á beber airada,  
cuando espando la triste,  
conocióme y me miraba.

Hija infelice, me dijo,  
tú con nuestra vida acabas;  
mas yo rogaré por tí  
y el cielo oirá mis plegarias.

Grandes tus crímenes son,  
y al cielo piden venganza:  
pero Dios es compasivo,  
y así mira por tu alma.

Al decir esto espiró:  
y como si sus palabras  
fuesen una voz del cielo  
me dejaron asombrada.

Horror me daba yo misma,  
y ni un punto descansaba  
meditando en mis delitos  
y en mi suerte desastrada.

En la noche de aquel día,  
llorando desconsolada,  
sin que pudiese dormir  
casi me desesperaba,

Cuando me pareció ver  
á mi misma madre amada,  
diciéndome: penitencia,  
que Jesucristo te llama.

En aquel instante mismo,

como si fuese inspirada,  
en secreto me escapé  
de aquella gente malvada.

Y como cerca de allí  
un monasterio se halla,  
me presenté á la priora,  
llorando desatinada.

Contéla mi horrenda vida,  
mis crímenes y desgracias  
y un asilo la pedia  
donde viviese ignorada.

Túvome allí algunos meses,  
donde con lágrimas tantas  
mis pecados confesé,  
que Dios sosegó mi alma.

Pedí al padre confesor  
poder vivir solitaria,  
y me señaló esta cueva,  
en donde estoy retirada.

Aquí en lágrimas continuas  
pido al Cielo con confianza  
que mis delitos perdone  
con su sangre soberana.

Que yo resignada á todo  
le pido con vivas ansias  
que haga sufrir á mi cuerpo  
con tal que se salve mi alma.

Ojalá que con mi historia  
escarmienten las muchachas,  
y vean á qué se esponen  
las que abandonan sus casas

Y así roguemos á Dios  
y á su Madre Soberana  
que nos dé á todos un día  
del paraíso la entrada.

**FIN.**